

Destos fueron los tratos principales
Los esclavos que entonces se hacían,
Y fueron bien crecidos los caudales
De los que los compraban y vendían:
Por los esclavos increíbles males
En aquella sazón se cometían,
Hasta tanto que ya por nuestros reyes
Se dieron á las Indias nuevas leyes.

Deshecha pues aquella dura tienda
Que por la santa ley se les vedaba,
Otro ningún recurso de vivienda
En esta dicha isla les quedaba,
Y aun para mas dolor ó mas enmienda
De quien aquel furor ejercitaba,
Del todo se acabó con los extremos
Que por postre de mesa contaremos.

Sería por el año de cuarenta
Y tres con el millar y los quinientos,
Cuando cierta señal nos representa
Bravos y furiosos movimientos:
Siguióse después desto tal tormenta
Que hizo despertar los soñolientos,
De todos vientos rigurosa guerra,
Y el mar mucho mas alto que la tierra.

El agua de los cielos era tanta,
Y con tan grandes impetus venía,
Que el mas entero brio se quebranta,
Y el ánimo mas fuerte mas temía:
Ruido temeroso se levanta
Que de la mar y tierra procedía,
Sobrevino la noche muy oscura,
Y con ella grandísima tristura.

No se hallaba ya cosa viviente
Que tuviese seguro de su vida,
Porque la calle va como creciente
De rios con furor de la venida;
En las casas no puede parar gente
Por los amenazar con su caída,
Y lo que mas seguro parecía
Peligro, mal y muerte prometía.

Bien así como cuando por acechos
Siguen del delincuente las pisadas,
Que con bastantes armas y pertrechos
Le tienen las salidas ocupadas;
Y aquí le ponen lanzas á los pechos,
Y allí ni mas ni menos las espadas,
El cual siendo de tantos rodeado
No sabe qué hacerse de turbado.

Saliannos así desta manera
Aquí y allí peligros al encuentro,
Pues era grande riesgo salir fuera,
Peligro de la vida quedar dentro:
Tiembla la isla toda donde quiera
Por aire conmovida desde el centro,
Aquel que poseía mejor suerte
Estaba ya gustando de la muerte.

Solo de Dios se tiene confianza,
Que de la tierra ya nadie se fia,
Pues cuanto mayor era la tardanza,
Tanto mas el rigor invalencia:
Las moradas hacían gran mudanza
Y dellas cada cual se retraía,
Huir de las paredes y del muro
Parecía remedio mas seguro.

Yo solía posar en una casa
Que bien cercana fué de la marina,
Do vivía Pero Ruiz Barrasa
Y su mujer Beatriz de Medina:
Tenía por delante plaza rasa,
E viéndolo yo henderse cierta esquina,
A grandes voces dije: «fuera, fuera,
Que ya caen las rejas y madera.»

A questo dicho, mi camino sigo
Por la parte mas desembarazada,
Acuden á la puerta donde digo,
Y por su bien ballaronla cerrada,
Abierto solamente su postigo
Do con la turbación hacen parada,
Que si junta saliera tanta gente
La pared los matara ciertamente.

Y es por acontecer en tal instante
Caerse la pared mas delantera,
Antes de poder ir mas adelante
Por impedir la puerta su carrera:
Fué pues el soberano tan bastante
Que nunca hizo falta su madera,
Y allí quedaron todos amparados
Puesto que temerosos y asombrados.

Yo poco antes de caer había
Salido con deseo de escaparme,
Y en medio de la plaza no sabía
Cómo mejor poder acomodarme;
Porque de todas partes no tenía
Falta de agua para bien mojarme;
Pero luego con otras gentes buenas
Tuvimos compañeros en las penas.

Oíamos murmurios y bullicios,
No con falaces cantos de serenas;
Aquí y allí caían edificios,
Las altas azoteas, las almenas,
La casa de los santos sacrificios,
Moradas que yo vi ricas y buenas:
Aquí sonaban voces y allí gritos,
Aquellos con temor, estos alfitos.

Lo mejor y lo mas fortalecido
Con la gran tempestad viene cayendo,
La trabazón del techo mas asido
Con fuerza del temblor se va rompiendo:
Causaba gran temor aquel ruido,
Asombraba la furia del estruendo
De aquellas derrumbadas canterías
Y quebras de las vigas y alfajías.

Bien como ceiba grande y estendida,
Cuyas ramas ocupan grandes llanos,
En el opaco valle comitada
A hachas cortadoras de villanos,
Que cuando cae da tal estampida
Que espanta los vecinos comarcanos,
O como en belicosas ordenanzas
Cuando se rompen juntas muchas lanzas;

O ya también digamos, como cuando
El cielo se mostró de nubes lleno,
Y el fuego celestial viene rasgando
La nube por el mas espeso seno;
Y aquella furia con que va pasando
Es la causa de dar horrible trueno,
Poniendo gran temor á los mortales
Sin uso de razon y racionales;

Tal y tan grande estruendo se hacía
Cuando con tantas lluvias y temblores
La mas gruesa pared de cantería
Caía con los altos corredores;
Cuyo grave ruido nos ponía
Grandísimos espantos y temores:
Viérades las doncellas desmayadas,
Dueñas amortecidas de asombradas.

Aquí sonaba doloroso llanto
Del niño de su madre divertido,
Allí las madres hacen otro tanto
Lamentando su hijo por perdido;
Otras por acullá con gran espanto
Colgadas de los hombros del marido,
Hacen mayores ser los terremotos
Confusísimas voces y alborotos.

Fueron durables estos detrimentos,
Mas no con una misma destemplanza;
Al fin cesó la fuerza de los vientos
Y llegaron las horas de bonanza:
Ningunos muertos, pero descontentos
Determinados á hacer mudanza
Por no tener recurso de vivienda,
Eso me da soltero que con prenda.

Otros de nuevas leyes ignorantes
Permanecían en sus desvarios,
Y algunos hombres viejos contratantes,
Que tenían sus barcos y navios
Que iban y venían como antes
A contratar por otros señorios
Angosta vida, seca, miserable,
Y tal que no podía ser durable.

Mas los que no tenían el resuello
Que de necesidad al hombre quita,
Para poder ballar donde tenello
Vergüenza generosa nos incita:
Y así barcos de Niebla y Juan Cabello
Nos traspasaron á la Margarita
En tanto que llegaban ocasiones
Para ir á buscar nuevas regiones.

Y al tiempo de salir desta frontera,
No sin dolor de damas y varones,
Acuérdome que Jorje de Herrera
Compuso ciertos versos y canciones,
Y en un alto pilar en la ribera
También mandó poner ciertos renglones,
Que si memoria tengo de aquel día
Entre ellos hubo letra que decía:

*Hic populus vixit domis ditissimus olim:
Vix tamen erectus concidit ipse miser.
Si varios mundi ghsicis pendere casus,
Præclaris oculis hic satis unus erit.*

Aquí fué pueblo plantado,
Cuyo próspero partido
Voló por lo mas subido;
Mas apenas levantada
Cuando del todo caído.

Quien examinar procura
Varios casos de ventura
Puestos en humana casta,
A questo solo le basta
Si tiene seso y cordura.

ELEGIA XIV.

Elogio de la isla Margarita, donde se da relacion de la vivienda de la gente que allí reside y de los infortunios que ha padecido, con otras muchas particularidades dignas de memoria.

CANTO PRIMERO.

Pues que dejamos ya menos afilata
La gente del pesado terremoto,
Tratemos de la isla Margarita,
En cuya descripción tengo yo voto;
Mas no podrá su causa ser escrita
Sin furia de tiranos y alboroto,
Porque también allí le cupo parte
De desleal bandera y estandarte.

Pues en pasados tiempos, y aun hoy día
Franceses les impiden el reposo,
Y en ella reventó la tiranía
Del Aguirre, cruel facineroso,
Después de muerto por traidora vía
Pedro de Orsúa, capitán famoso,
De cuyos trances mi cansada pluma
Querria dar alguna breve suma.

Provea de favor el alto cielo,
Enriquezca mi vena y el estilo,
Porque proceda yo mejor que suelo
En la prolija trama deste hilo;
Que verisimamente yo recelo
Los juicios acerbos del Zóilo,
Pero si lo quebrase ya sería
Pusilanidad y cobardía.

Para lo cual me ponen buen talante
Muchos amigos míos y señores,
Aconsejándome que no me espante
De los amarillentos detractores,
Y así quiero pasar mas adelante
Sin detener mis flacos ateneros,
En esta dicha isla mayormente
Do fui mucho tiempo residente.

Y donde por ser larga la jornada
Y llena de cien mil inconvenientes,
Habremos de hacer un ensalada
Compuesta de mil cosas diferentes;
Pero ninguna dellas despegada
Antes á los negocios concernientes;
Mas suelen ir como se van contando
Unas cosas de otras enhilando.

Y lo mismo hará lo que yo cuento
En historia tan larga como esta,
Donde mi peregrino pensamiento
Halla larga materia mal digesta:
Diré yo pues primero del asiento
Desta postrera isla que me resta,
Señaláremosle sus aledaños,
Y después sus provechos y sus daños.

En grados es la misma conveniencia
De Cubagua que tiene al mediodía,
Cuarenta leguas la circunferencia
Y poco mas de seis la travesía:
Tiene de sanidad gran excelencia,
Pues ningunos humores malos cria,
Hay aguas represadas y corrientes
A lo menos en valles eminentes.

El del Charaguay da grande parte
A la parte del sur do va su proa,
Y á los vapores frigiditos del norte
El de Paraguachi y Arimacoa:
El valle de San Joan, dulce consorte,
Por ambas partes goza de gran loa,
Con árboles amenos y frescura
Y de zavanas muy mayor anchura.

Mujeres naturales y varones
Es en universal gente crecida,
De recias y fornidas proporciones,
A nuestros españoles comedita:
Son todos de muy sanas complejiones
Y todos ellos viven larga vida,
Son poco curiosos labradores,
Por ser cazas y pescas sus primores.

Descubrióla Colon, y este le puso
A questo nombre con que permanece,
Y allí Cubagua luego con el uso
De labor, la cultiva y enriquece:
El mas espeso bosque se dispuso
Para sembrar maíces, y acontece
Después de cultivadas estas vegas
Acudir por almud hartas hanegas.

Hiciéronse muy buenas heredades
En los lugares mas acomodados,
Y tomáronse muchas propiedades
De sitios para hatos de ganados:
Trujéronse de España variedades
De plantas con higueras y granados,
Demás de muchos frutos naturales
Que ella de suyo tiene principales.

Hay muchos higos, uvas y melones,
Dignísimos de ver mesas de reyes,
Pitabayas, guanábanas, anones,
Guayabas y guaraes y mameyes:
Hay chica, cotuprises y mamones,
Piñas, curibijures, caracueyes,
Con otros muchos mas que se desechan
E indios naturales aprovechan.

De aves, de conejos, de venados
Bastantisimamente proveída,
Dan abundantemente sus pescados
Gustosa y salubérrima comida:
Es la carne de todos sus ganados
En sustancia y sabor muy escogida,
Demás desto la mar en su distancia
Cria de claras perlas abundancia.

Aunque los bosques tienen aspereza
Y espinas y escambrones á sus trechos,
Produce por allí naturaleza
Otras muchas maneras de provechos:
Caballos hay de suma lijereza,
No grandes, mas trabados y bien hechos,
Y en todos los trabajos duran tanto
Que podría decir cosas de espanto.

El poblador primero destos era
El noble varon Pedro de Alegria,
Fué también Pedro Gallo desta era,
Y el que Pedro Moreno se decía;
Y después desto Pedro Herrera,
Mas principal en ser y en valentía,
Pues por su gran valor en paz y guerra
Siempre rigió y mandó toda la tierra.

También Riberos el de Salamanca,
Los dos Rojas, el tío y el sobrino,
Diego Gomez, y Juan de Villafranca,
Diego Diaz Pinedo su vecino,
Con el hermano ya de barba blanca,
Pero Alvarez Millan, Andrés Andino,
Domingo Alonso, Juan Guillén Villena,
Con otra mucha gente toda buena.

Pues había de punto bien altivo
Otros valerosísimos soldados,
Cuyo número es tan excesivo,
Que no pueden ser todos memorados:
Demás de que si yo no los escribo,
Es porque aquí no estaban arraigados,
Pero cansados de la guerra dura
Tomaban esta isla por holgura.

Y es así, que los hombres conocidos,
Que por la tierra firme conquistaban,
De sustentar las armas afligidos
Aquí por gran regalo se pasaban:
Y de trabajos grandes recibidos
Por algunos espacios descansaban,
Adonde los enfermos y los sanos
Dormían sin las armas en las manos.

Faltaban los barruntos y sospechas
De las adversidades de fortuna,
No se temían asechanzas hechas,
Hambre ni sed a todos importuna:
Menos temían tiros de las flechas
Al tiempo que se pone ya la luna,
Sino que todos reposaban faltos
De pesadumbres y de sobresaltos.

Cualquiera de nosotros allí osa
Acostarse quitadas las espuelas,
Y sin temor de yerba ponzoñosa
Arrinconar escudos y rodela:
No recelábamos fiero rabiosa
Que lleva los dormidos y las velas,
Mas cada cual dormía desecado
De peligro y de riesgo tan pesado.

Allí satisfacían abundancias,
La hambre del entrada do venían,
Y aun otros consumían las ganancias
Con juegos y con damas que servían:
Frecuentábanse bien estas estancias
Donde hermosas damas residían,
No queriendo vivir estas edades
En pueblos, sino por sus heredades.

No hallaban lugar cosas molestas,
Ni do pesares hagan sus empleos,
Todos son regocijos, bailes, fiestas,
Costosos y riquísimos arreos:
Cuántas cosas desean están prestas
Para satisfacer sus deseos,
Los amenos lugares frecuentando
E unos á los otros festejando.

Pasaban pues la vida dulcemente
Todos estos soldados y vecinos,
Donde la fresca sombra y dulce fuente
Al corriente licor abre caminos:
En el Val de San Joan principalmente
Eran los regocijos mas continos,
Y á sombra de la ceiba deleitosa
Admirable de grande y de hermosa.

Con cierta cantidad no señalamos,
Por increíble cosa, tronco y cepa,
Pues toma tal espacio con sus ramos
Que dudo que mayor otro se sepa:
Tan bella, tan compuesta la pintamos,
Que hoja de otra hoja no discrepa;
Allí con el frescor del manso viento
Daba cien mil contentos un contento.

En torno de la cual los verdes prados
De naturales y traspuetas flores
Estaban todos tiempos estampados
De pinturas diversas en colores;
Y á vista grande copia de ganados
Que rodeaban rústicos pastores,
Y debajo de ramas tan amenas
Asientos puestos y las mesas llenas.

Donde la flava Ceres los contenta
Con liberalidad de franca mano,
Allí no falta india placenta,
Ni lo que llaman pan artolagano,
Con otro grano de diversa cuenta,
Sustento del antiguo baquiano,
Allí las carnes vencen en sabores
A las mas excelentes y mejores.

No la Calabria ni armentaria Tracia,
Mejor carnero ni tan buena vaca,
Cabritos muy mejores que en Ambracia;
Y por Atagen y ave fasiaca
Otra de mas sabor y mejor gracia
Que por allí se llama guacharaca,
Domésticas y bravas muchas aves,
Ningunas mas gustosas ni suaves.

El indico pavon allí se halla,
Capones sobre todos excelentes,
Con otra grande copia que se calla
De cazas en sabor no diferentes,
Otro mistillo, y otro taratalla,
Que guisaban con varios adherentes
Con tal primor y tanta pulicía
Cuanto cabal concierto requeria.

Sirven mestizas mozas diligentes,
Instruidas de mano castellana,
Lascivos ojos, levantadas frentes,
De condiccion benévola y humana:
Otro número grande de sirvientes,
Captivos de la tierra comarcana,
Ricas toballas, lucida bajilla,
Y todo lo demás á maravilla.

Allí se cuelgan las pendientes camas
Adonde tiemplan aires los calores,
Entre las espesuras de las ramas
Hay cantos de suaves ruseñores;
Con cuyo son las damas y galanes
Encienden mas sus pechos en amores;
Allí mirar, allí la dulce seña
Que el ardiente deseo les enseña.

Allí también delcísimo contento
De voces concertadas en su punto,
Cuyos conceptos lleva manso viento
A los prontos oídos por trasunto:
Corre mano veloz el instrumento
Con un ingenioso contrapunto,
Enterneciéndose los corazones
Con nuevos villancicos y canciones.

Porque también Polimnia y Erato,
Con la conversacion del duro Marte
De número sonoro y verso grato,
Tenían deste tiempo buena parte:
Rara facilidad, suave trato,
Y en la composicion ingenio y arte,
De los cuales discipulos y alumnos
Podríamos aquí decir algunos.

Y aun tú, que sus herencias hoy posees
No menos preciaras saber quién era
Bartolomé Fernandez de Virues,
Y el bien quisto Jorje de Herrera:
Hombres de mas valor de lo que crees,
Y con otros también de aquella era,
Fernán Mateos, Diego de Miranda,
Que las musas tenían de su banda.

Allí también señoras principales,
En vida marital y mas segura,
Asidas con los nudos conjugales,
Frecuentaban también esta holgura,
En aviso y belleza tan cabales
Que nadie tuvo mas de hermosura:
Pues con lo menos de su gracia dellas
Se pudieran algunas decir bellas.

Catalina de Rojas, que señora
Fué deste dicho valle y pertenencia,
Y de sus hijos debe ser agora
Como de sucesores por herencia,
Tal fué que la mas bella se desdora
Ante su graciosísima presencia,
Pues en donaire, gracia y en talante,
Allí no vimos cosa semejante.

La otra, de su nombre dicha Ana,
Ana de Rojas, digo, cuya cara
Podía convencer la de Diana,
En gracia, resplandor y lumbré clara:
Mas ¡ay dolor! que contra la tirana
Furia su pulcritud no la repara;
Pues quien domaba tigres y leones,
No domó los humanos corazones.

Y Francisca Gutierrez, que de Haro
Estirpe clara tiene y generosa,
Necesidad no tuvo de reparo
Para ser con extremo muy hermosa,
Suprema discrecion, aviso raro,
Conversacion suave y amorosa,
Cuyas gracias, faciecia, cuyas sales
No hallan semejantes ni aun iguales.

E Isabel de Reina, que no en calma
Se queda, pues podía serlo dellas,
En el cuerpo hermosa y en el alma,
Santas costumbres, proporciones bellas,
Claro triunfo, victoriosa palma
De las graciosas dueñas y doncellas,
A la cual Dios en juventud florida
Sacó de los peligros desta vida.

Y Maria de Lerma, cuya gracia
Esmero parecia de natura,
Si no fuera cubierto de falacia
El rostro de la humana hermosura;
Pues ya sin esta fuerza y eficacia
Lo come la terrena sepultura,
Por ser al fin aqueste el paradero
De lo cabal y de lo mas entero.

¿Qué podremos decirnos de su hermana,
Joana de Ribas, que es también difunta,
Sino que allí pintó natura humana
Cuanto bueno se pinta y se trasunta?
Virtud, bondad, honor, intencion sana,
Honestidad con hermosura junta,
Cabal en todos dones de natura,
Y no menos cabal en la ventura.

Otras señoras es cosa notoria
Haber allí de punto muy altivo,
Que por no retencillas mi memoria
Tan en particular no las escribo;
Pero por el discurso de la historia
Podría ser hacello, si yo vivo,
Pues he de ir por partes diferentes
Donde se dividieron estas gentes.

Porque como las perlas se acabaron
En aquella sazón ya repetida,
Y luego los esclavos se quitaron
A causa de la ley establecida;
Todos aquellos faustos se trocaron
En una mas que misera caída:
De suerte que forzados á la enmienda
Buscaba cada cual nueva vivienda.

Este y aquel hacían mudamiento,
Eso me da casado que soltero;
Buscando por las Indias un asiento
Que les pudiese ser mas duradero,
No sin un lacrimoso sentimiento
Del amigo, pariente y compañero,
Por ponelles vejez miedo y espanto
A que no hagan ellos otro tanto.

Pasaban al Perú y Nueva-España
Los de mas levantadas esperanzas,
Otros viniendo fortunosa saña
De nuevas tierras hacen confianzas;
Otros también se daban buena maña
En tratos ó guerreras ordenanzas:
Al fin la compañía fué deshecha
Como el grano faltó de la cosecha.

Bien como cuando veis á gran mercado
Ocurrir de gentío peregrino
Tal número que tienen ocupado
La plaza, la calzada y el camino,
Y aquel contrato hecho y acabado,
Se vuelve cada cual por donde vino
Dejando vacos los lugares llenos,
Y los que en ellos quedan son los menos;

Desta manera fuimos divididos
Por diversas provincias destos mares,
Quedándose los viejos y tullidos
Por aquellas estancias y lugares.
Los pasados placeres convertidos
En angustias, tristezas y pesares,
Y demás de los ya dichos rigores
Les vinieron después otros mayores.

Pues cuantos han allí perseverado
A trabajosos trances obedientes,
En algunos asaltos han purgado
Aquellos juveniles accidentes;
Y el soberbio francés tiene cuidado
De saltar á tiempos estas gentes,
Inquietándolos en sus viviendas,
Y despojándolos de sus haciendas.

El primero de quien hago memoria,
Por ser primer pirata que allí vino,
Es del cruel francés Jaques de Soria,
Movido de un espíritu malino:
Acortáramonos en el historia
Por no hacer prolijo mi camino;
Pero para fundar nuestra carrera
Comenzáramosla desta manera.

Sería por el año de cincuenta
Y cinco, mas ó menos algún día,
Cuando con esta gente que se cuenta
Un cierto Diego Perez residia:
Hombre de condiccion sanguinolenta,
Pronto para cualquier bellaquería,
Suave labia, muy gentil presencia,
Y entrañas de dolosa pestilencia.

En pecado mortal fué concebido
De sacerdote natural de Utrera:
Facineroso, falso, fementido,
Y matador de su mujer primera;
En cualesquier maldades atrevido,
Y tanto que ninguno mas lo era,
El cual por casos de rigor horrendo
A estas Indias se pasó huyendo.

Estando pues en público pecado
En esta isla de cristiana gente,
Fué por un Diego Gomez desterrado,
En aquella sazón allí teniente;
Mas con deseo de se ver vengado
Este facineroso delincuente,
A Francia pasó desde la Tercera
Para traer allí gente guerrera.

En el Havra de Francia tomó puerto,
Do halló cinco naves aprestadas
Con el ya dicho capitán esperto,
Dispuesto para ver Indias doradas:
Hizo con el pirata su concierto,
Como suelen personas desalmadas,
Con promesa de lo volver á Francia
Con quinientos mil pesos de ganancia.

Salió con él la gente muy contenta
Viendo del español tan buenos brios,
Y la grandeza que les representa
De riquezas, de joyas y atavíos;
Pero luego les dió tan gran tormenta,
Que perdieron allí cuatro navios,
Y todo esto nunca fué bastante
Para dejar de ir mas adelante.

De la manera pues que se recita,
Con la principal nao capitana
Elegaron á la isla Margarita
Por parte de la mar meridiana:
Desde cierta piragua les dan grila
Dijesen si es la nao castellana,
Respondía la pérdida cuadrilla:
Diego Perez, que viene de Castilla.

A todos los vecinos encomienda
Como quien á los tales conocia,
Diciéndoles traer buena hacienda
Vinos, frutas y gran mercadería;
Y que saldria para poner tienda
En viniendo la luz del otro día,
Pues ya rayos de Febo prefulgentes
Iban á visitar las otras gentes.

Gran yerro fué creer ligeramente
Tan mala criatura como esta,
Y el mensajero fué tan insipiente
Que creyó la mentira bien compuesta;
Creyéndola también la demás gente
Que estaban esperando la respuesta;
Y así sin recelar bélico fuego
Se fueron a dormir con gran sosiego.

El estatera del ecuante sino
En el tiempo de menos vigilancia
Tenia por el lúcido camino
Noturnas horas en igual distancia,
Cuando cercó la casa del vecino
Escuadron superbiísimo de Francia,
Saliendo todos bien apercebidos
Sin ser oídos, vistos ni sentidos.

Quando con dulce sueño se quieta
La vista del humano fatigada,
Entonces el francés tocó trompeta
Para que á una den el alborada;
Luego la gente dura los aprieta
Por una y otra parte derramada,
El valiente galán, la flaca dama
Sobresaltados saltan de la cama.

El que deste furor huir pretende
Ocupadas hallaba las salidas,
A cualquiera varon que se defiende
Le daban crudelísimas heridas;
Porque de sujecion sola depende
El único remedio de sus vidas,
Y así muchos varones fueron lesos
Por no se sujetar á verse presos.

Vereis aquí y allí lucir espadas
De parte vencedores y vencidos,
Vereis salir señoras destocadas,
Y muchas sin reparo de vestidos;
Vereis otras mujeres abrazadas
Con padres ó con hijos ó maridos,
Este descalzo va y aquel desnudo,
Este pudo huir y aquel no pudo.

Bien así como cuando bestia fiera
Salta por las paredes al rebaño
Que todo se remonta, y aunque quiera
Huir por escaparse del engaño,
La cerca les estorba salir fuera,
Y lo que era defensa les es daño,
Pues para dar seguros á su vida
No da seguridades su guarida;

Así desta razon entender puedes
Los males de la gente que despierta;
Pues les eran estorbo las paredes
Para poder huir de la reyerta,
Y no menos allí hallaban redes
Aquellos que salían por la puerta;
Por tenellas en ellas puestas guardas
De picas, arcabuces y alabardas.

Usa la bestial furia sus furios
Con orden de sangrientos pareceres,
Los aires se rompían con clamores
De los muchachos tiernos y mujeres;
Mas ya de los del pueblo son señores
Los falsos y falaces mercaderes,
Que matan los que sus bienes defienden,
Y cobran paga de lo que no venden.

Fué también el autor de las traiciones
De muchos enemigos homicida,
A fin de se vengar de las pasiones
Quando se desterró de su querida;
Pudiendo con justísimas razones
Entonces desterrallo de la vida;
Mas agora conocen ser demencia
Usar con hombre malo de clemencia.

Después de todos presos y rendidos
Y cesada la furia del combate,
Con otros feos actos cometidos
Anejos al enorme disparate;
Tratóse con los míseros vencidos
Que diesen por el pueblo buen rescate,
Con amenazas de hacer entrego
En no lo rescatar al vivo fuego.

Oida la razon y el aspereza
Del capitán y vencedor terrible,
Aumentanse los lloros y tristeza
Con voz á los oídos insufrible,
Porque por ser inmensa su pobreza
Podello rescatar es imposible,
Y así dicen personas afligidas
Que no tienen que dar sino las vidas.

De las cuales le ruegan los despeno
Por ser la muerte menos odiosa,
Y que lo poco ó mucho ya lo tiene
Sin poder escapar ninguna cosa;
Demás de saber bien quien con él viene
Aquella tierra ser menesterosa,
Ganado solo tiene su partido
Y que desto será bien proveido.

Al fin Jaques de Soria le concede
Libertad, con que den matalotaje;
Da cada uno dellos lo que puede
Demás de las preseas del pillaje;
Dejáronlos cual nunca nadie quede,
Y ellos continuaron su viaje;
Dieron las velas muy apresurados
Por tomar otros pueblos descuidados.

Dan entre Barbarata y Venezuela,
La costa de la mar llevan barrida,
Rio la Hacha y Cabo de la Vela
Pudiera ser entonces destruida;
Mas Viana, piloto, los desuelca
No tomando la tierra conocida;
Por prendas suyas hizo tal desvío,
Y en Santa Marta dió con el navío.

Entran de noche, falta la reseña
Hablando Diego Perez por su parte,
Y el capitán Francisco de Ludeña
Reconoció ser gente de mal arte;
Vuelve las riendas, y al varon y dueña
Avisa ser francés el estandarte,
Con aquello que pueden van á escuras
Metiéndose por grandes espesuras.

Entra luego la gálica ralea
Por aquellos barridos aposentos,
El pueblo con gran furia se saquea
Con algunos heridos y sangrientos;
Mas no con el caudal que se desea
Segun sus codiciosos pensamientos;
Van á la iglesia, rompen el sagrario,
Y sacan la custodia y relicario.

Por no tener lugar nuestros cristianos
Con aquel repentino desaliento,
De retraer de tan enormes manos
La hostia que de Dios es aposento;
Pero juraron estos luteranos
Que no hallaron santo sacramento;
Y el dicho Diego Perez lo decia
Que la custodia se halló vacía.

Jurábalo debajo de buen celo
Aqueste miserable delincuente;
Fué para los fieles gran consuelo
Después que ya supieron claramente
Que el supremo Señor de tierra y cielo
Se retiró de tan enorme gente;
Mas con santos debujos y retratos
Usaron de muy grandes desacatos.

Hicieron otros muchos desatinos,
A cualquiera maldad sueltas las riendas,
Hubo quien frecuentase los caminos
A redemir molestias y haciendas;
Rescataron el pueblo los vecinos
Porque no les quemasen sus viviendas;
Y esto concluso por la gente suelta,
Al Rio de la Hacha dan la vuelta.

Por les encarecer el Diego Perez
Para su mal á la maldad francesa,
Haber allí muy ricos mercaderes,
Riquísimo caudal y llena mesa;
Moviéronse por estos pareceres
Teniendo por certísima la presa;
Mas antes que la gente de allí parta
Aviso dió por tierra Santa Marta.

El francés tuvo tiempo cual lo quiso,
Y el mensajero, puesto que fué cierto,
Apenas allegó con el aviso,
Aunque era caminante muy esperto,
Quando vieron la nao de improviso
Y los patajes ya cerca del puerto;
De manera que vido nuestra gente
El cosario y aviso juntamente.

Anda luego la grita y alboroto
Para poner en cobro la moneda,
Levantán piés ligero terremoto
Y gran escuridad de polvareda;
El mas valiente vemos mas remoto,
Por cobarde se tiene quien se queda,
Escapando la próspera ganancia
De que entonces tenían abundancia.

Todas las gentes andan presurosas,
Cargados van los grandes y los chicos;
Aunque como personas caudalosas
De oro, perlas y otros multiplicos;
En sus casas dejaban muchas cosas
Con que pudieran otros ser muy ricos,
Por no dalles lugar el tiempo breve
Para que su caudal todo se lleve.

El que no puede mas antes que vaya
A ver la selva, no por ser amena,
Dejaba muchas cosas por la playa,
Sepultadas debajo del arena;
Mas como vientos recios allí haya
Con la soberbia que Aquilon ordena,
Entonces se mostró tan inquieto
Que descubrió por partes el secreto.

Luego como faltó gente guerrera,
Al fin como ladrones diligentes,
Los ocultos secretos de la tierra
Hicieron manifiestos y patentes:
Aquí y allí y alla se desentierra
Todo cuanto dejaron nuestras gentes;
Lo cual no fué tan poco que no fuese
De principal valor el interese.

Estando pues el pueblo poseído
Y el fuego para él no menos cierto,
El Diego Perez fué tan atrevido
Que fué para tratar de su concierto:
Fuéles buen interese prometido
A trueco de que salgan deste puerto,
Y vino por farate de las pacas
El canonigo Diego de Loaces.

Como ninguna cosa concluyese,
Volviendo temeroso del cosario,
No se hallaba quien tratar quisiese
Negocio tan forzoso y necesario
Para que el pueblo no se destruyese;
Mas Francisco Velazquez, secretario
Hoy en el nuevo reino de Granada,
A su cargo tomó la tal jornada.

Holgóse la francesa pestilencia
De ver un hombre de tan buen aviso,
Mozo gallardo, de gentil presencia,
Y en aquella sazón otro Narciso:
Trató del precio con cabal prudencia,
Y negoció con ellos cuanto quiso;
A trueco de ponelles en las manos
Cuatro mil y quinientos castellanos.

Haciasele grande cortesía
Y todos ellos antes que se parta
Rogaron que se vean otro día
Y procure traer moneda harta,
Pues cierto le darán lo que pedía
De la iglesia y ciudad de Santa Marta:
Despidióse pues dellos con aquesto,
Y prometiéndoles de volver muy presto.

Diego Perez en esta coyuntura
Huyó de los franceses compañeros
Metiéndose por montes y espesura
Con razonable copia de dineros;
Que lo llamaba ya su desventura
Para pagar sus grandes desafueros;
Jaques de Soria por aqueste hecho
Pelábase las barbas con despecho.

Velazquez destas cosas ignorante
En cumplimiento de lo prometido,
Vino después dos dias adelante
De plata y oro bien apercebido;
Al menos lo que via ser bastante
Para rescate de lo que traído
De Santa Marta habian los sangrientos
De santos y benditos ornamentos.

A la nao lo lleva gente presta
Que el soberbio francés allí tenia,
El cual no lo recibe con la fiesta
Ni con aquel aplauso que solia;
Antes con amenazas lo molesta
Y al dicho Diego Perez le pedía,
O le pagase cuanto lo llevaba
Sin admitir disculpa que le daba.

En efeto le hizo que escribiese
Al pueblo do se hizo mensajero,
Con ruego de que no se permitiese
Que lo llevasen por su prisionero;
Si no que luego se les proveyese
Del hombre y dos mil pesos en dinero;
Mas porque no viniere la tal paga
Junto á la firma puso: no se haga.

Fué animosidad, mas de manera
Que no dejó de ser muy atrevida,
Porque si la cautela se supiera
No le costara menos que la vida:
Visto pues no venir lo que se espera
Deste puerto hicieron despedida,
Y el cosario francés llevó consigo
Al Francisco Velazquez como digo.

El cual lleno de grandes confusiones,
Cuasi por términos desesperados
Al capitán habló tales razones
Que todos se quedaron admirados,
Y respondieron con sus intenciones
Ciertos franceses muy españoles,
Diciéndole ser grande desafuero
No dalle libertad al mensajero.

El capitán como se convenciese
Con esto que su gente le decia,
En un batel le dijo que se fuese
Que fuera de la nao se traia;
Y primero que della se saliese
Le quitaron el oro que tenia;
Entró pues en el barco casi muerto
Veinte leguas ó mas fuera del puerto.

Sin agua, sin recurso de alimentos,
Ni cosa que pudiese sustentallo,
No remos ni marinos instrumentos
Para poder mejor encaminallo,
Sino donde las aguas y los vientos
A su disposicion quieren guiallo;
Solamente de Dios se confiaba
A quien de corazón se encomendaba.

Y así mediante su favor divino
Pudo tomar paraje deseado
Abajo cuatro leguas de camino
Del Rio de la Hacha ya nombrado;
Donde luego topó con un vecino
Con cuya vista fué muy consolado,
Y luego puso todos sus poderes
En que se descubriese Diego Perez.

Ansimismo Miguel de Castellanos,
Con otros caballeros y vecinos,
Envían por lugares comarcanos
Ocupando las playas y caminos,
Hasta tanto que hubieron á las manos
Al autor de tan grandes desatinos;
Danle tormento, hácenle procesos,
Y confesó grandísimos escesos.

Era justicia cierto caballero
Que Francisco de Lerma se decia,
Varon de gran valor, hombre severo;
Y este, por la traicion y alevosía,
Mandólo colgar luego de un madero,
Aunque mas cruel muerte merecía:
Hicieronle después enterramiento,
Porque murió con buen conocimiento.

Aqueste fué su fin y paradero ;
Y pues con él habemos concluido,
Justo será volver á lo primero,
Porque me hallo ya muy divertido
De nuestra Margarita, donde quiero
Cumplir con lo que tengo prometido,
Y donde ballareis por escritura
Otra mas trabajosa desventura.

Y por contar aquesta no diremos
Desabrimientos que le son anejos ;
Pues vence la que digo los extremos
De cuantas tienen lacrimosos dejos :
Mas, para proceder como debemos,
Cumple tomar la cosa de muy lejos ;
Y pues de un golpe no podemos tanto,
Quiérola comenzar con nuevo canto.

CANTO SEGUNDO,

Donde se da á entender quién era Pedro de Urstia y su descendencia,
con otras cosas á la historia convenientes.

Siempre suelen venir acompañados
Los jueces y los gobernadores
De deudos, de parientes y criados,
Guiados del olor de sus favores :
Y en algunos no son mal empleados
Los mas calificados y mejores,
Pues su virtud, trabajo y diligencia
Los hacen merecer la tal herencia.

Entre los otros yugos que sostuvo
El orbe de las Indias de occidente,
Un Miguel Diaz Armendariz hubo
Que trajo seis gobiernos juntamente ;
Y en este nuestro nuevo reino tuvo
Un mozo generoso, su pariente,
Pedro de Urstia fué su propio nombre,
Que siempre mostró sello sin ser hombre.

Pareciéndole cosa conviniente
A discrecion modesta y asentada,
El tio le nombró méritamente
Por general del reino de Granada :
Salió buen capitán y diligente
Para le cometer cualquier jornada ;
Y así, por aquí daba buena cuenta
En los negocios de mayor afrenta.

Descubrió los caminos mas reclusos,
Allanó la montaña rigurosa,
Conquistó la provincia de los Musos,
Deste reino la mas dificultosa :
Finalmente, que los guerreros usos
Le dieron prontitud maravillosa,
De manera que mañas y osadías
Crecían juntamente con los dias.

Y así, con el valor de su persona,
Y entre valientes indios y arriscados,
Pobló ciudad á quien llamó Pamplona,
Cuyos campos y rios son dorados :
Vile hacer á la real corona
Otros muchos servicios señalados ;
Y en Santa Marta recorrió la sierra,
Puesto que sin victoria desta guerra.

Podriame vender yo por testigo
Sin gozar lo mejor de la mañana,
En el paso de Origua ó de Rodrigo,
Y el buen Pedro de Urstia con cuartana,
Tomándole los pasos que ya digo
Gran impetu de gente comarcana,
Sobre paz y con fiebre fatigado,
Descalzo del un pié y otro calzado.

Alli caza Bondigua, y alli Bonda ;
Alli de Pocigueica y de Tairama,
Con todos los demás de la redonda,
Conocidos por hechos y por fama,
Con flechas, con macana, dardo, honda,
Gran cantidad de sangre se derrama,
Privando brevemente de la vida
Cuanta gente hallaron divertida.

Urstia de salud estaba falto,
E ya por todas partes rodeado ;
Venciendo calentura y sobresalto
Salió del toldo mal aderezado,
A fin de trabajar ganar el alto
De fortísimos indios ocupado,
Y halló para ir en tal demanda
Solos doce soldados de su banda.

A los cuales les hizo tal abrigo,
Que con aquel valor de su costumbre,
A pesar del ejército enemigo,
Ganó lo mas supremo de la cumbre,
Haciendo crudelísimo castigo
Con riesgo, con sudor y pesadumbre :
Fueron sus grandes hechos aquel dia
Bastante prueba de su valentia.

Hirióle tres el venenoso Marte ;
Y aunque de vida ya desconfiados
Esta desconfianza no fué parte,
Para que fuesen dél desamparados ;
Y sus esfuerzos fueron de tal arte,
Que de débiles hizo confiados
Para salir de riesgo tan terrible,
Que no parecera cosa posible.

O ya con arcabuz, ya con espada,
El escuadron rompió mas importuno
A pié mas de seis leguas de jornada,
Con terrible calor y siempre ayuno :
Llegó pues con la gente fatigada,
Sin que dejase uno ni ninguno
A Santa Marta, que se maravilla
Escapar de tan áspera rencilla.

Era por este tiempo ya venido
Montaña por juez de residencia,
Que puestas sus servicios en olvido
Le mostraba rencor y mal querencia ;
Y así, de sus amigos conmovido,
Se desvió de aquella pestilencia,
Y residió con ciertas compañías
En el Nombre de Dios algunos dias.

Donde recogió copia de soldados
Para los ejercicios de la guerra,
Y allí desbarató negros alzados
Que estaban hechos fuertes en la sierra ;
Los cuales, por ser muchos y esforzados,
Ponían en temor toda la tierra,
Prendióles á su rey dicho Ballano,
Aunque tenia poderosa mano.

Los negros y proterva compañía
Vencidos en aqueste repiquete,
A reinos de Pirú hizo su via
Con amigos y deudos seis ó siete ;
Los cuales en aquel tiempo regia
El marqués excelente de Cañete ;
Y este, reconociendo sus valores,
Le hizo mil mercedes y favores.

Después, con gracia de razon urbana,
Hizo demanda del descubrimiento,
Que dicen de Francisco de Orellana,
Con quien yo tuve gran conocimiento ;
Y el marqués se lo dió de buena gana
Vista su discrecion y su talento,
Porque en aquellas tierras aun habia
Soldados de aquel tiempo todavia.

Y entre todos aquellos que renuevan
Este descubrimiento que ya digo,
Era buen adalid Alonso Esteban,
A quien también yo tuve por amigo ;
El cual de la jornada do se ceban
Se podía vender por buen testigo,
Como quien abajó con Orellana
Al mar del norte y á Maracapaná.

Urstia, con aviso suficiente,
A los efectos desto se presenta ;
Pero dejémoslo haciendo gente
Que de valor tan raro se contenta :
Pues me parece cosa conviniente
Del Orellana dar alguna cuenta,
Para bien entender desta letura
Jornada de tan grande desventura.

Pasados eran ya los quince cientos
Y diez lustros de santa parentela,
Cuando gente de grandes pensamientos
Con Gonzalo Pizarro se desvela
En dar mas luz á los descubrimientos
De tierra que nos da nueva canela,
E oro y plata, de que la cudiada
Daba generosísima noticia.

Y así, para hallar aquel gentío,
Que de Quijos es hoy su nombramiento
Dió Gonzalo Pizarro buen avio
Para hacer el tal descubrimiento,
Guiando su derrota por un rio
Que en Moyobamba tiene nacimiento,
Y al mar del norte hace su salida
Con casi dos mil leguas de corrida.

La madre del es tal y tan estensa
Que no la vió mayor hombre viviente,
Y así, por ser grandeza tan inmensa,
Mar dulce le llamamos comunmente ;
Y dicen ser engaño del que piensa
No ser el Marañon esta creciente :
Tal nombre le pusieron los Pinzones,
De ciertos nautas dichos Marañones.

Por la equinocial sus aguas guía
Dando prolifas vueltas diferentes,
Y della casi nada se desvia
Con impetuosisimas crecientes ;
De islas numerosa la cuantia,
Muy muchas de las cuales tienen gentes
Algunas señaladas en grandeza,
Pero ningunas muestras de riqueza.

Orilla deste rio montüosa
Hacia pues Pizarro su jornada,
Tierra mal asombrada de lluviosa,
Por una parte y otra mal poblada ;
Y a veces la montaña rigurosa
Les daba la canela deseada
Sus árboles altísimos y locos,
Pero no muy espesos, sino pocos.

Pues para que mejor se conociese
Del rio lo que estaba mas poblado,
Un bergantín mandó que se hiciese
Con escogida gente preparado :
En el cual ordenó que se metiese
Vajilla y vestuario mas preciado,
Y al Orellana, su lugarteniente,
Nombró por capitán de aquella gente.

El Pizarro por tierra caminaba
Con el restante de su compañía,
Y el barco con aquellos que llevaba
A dar nueva y socorros acudia,
A los cuales allí se les mandaba
Lo que mas al viaje convenia :
Mandóles pues llegar á cierta punta
Y volver á decir lo que barrunta.

A la punta llegaron fácilmente,
Mas no pudo volver el Orellana,
Forzado de grandísima corriente,
Si la fuerza no fué su propia gana ;
Porque desapareció con esta gente
Huyendo de la tierra comarcana :
Vajilla y ropa se llevó consigo
Con las demás preseas que ya digo.

Visto que no volvía, fué buscando
Por gente deste campo peregrino,
Y como nunca dellos fué hallado
Por llevar agua abajo su camino,
Al Gonzalo Pizarro fué forzado
Volver á las provincias de do vino
Como pérdida grandísima de gentes
Y los que se escaparon muy dolientes.

Francisco de Orellana navegaba
Alentado de grande pensamiento,
E ya se prometia y aplicaba
Toda la gloria del descubrimiento ;
Mas con sesenta hombres que llevaba
Nunca pudo salir con el intento ;
Pues solamente corren la ribera,
Por ser muy pocos para salir fuera.

Incierto como digo de lo cierto,
Por las islas buscaban alimento,
En una de las cuales toman puerto
Donde les pareció mejor asiento,
Hasta poner sus cosas en concierto
Para llevar mejor aviamiento,
Y por los fatigar el angostura
Hacer otro navio se procura.

Hácense tablas de canoas duras
Por ciertos levantiscos oficiales,
Hízose clavazon de herraduras,
Búscanse necesarios materiales :
Hay brea de copey y otras horruras,
Con aceite de acuosos animales ;
Finalmente pusieron en el rio
Otro mayor y mas capaz navio.

Pusieron gallardetes y banderas,
Repártense por ambos los soldados,
Osaban ya llegar á las riberas
A causa de no ir tan apretados :
Tomaran el negocio mas de veras
Si fueran los sesenta duplicados ;
Pero pocos temían el encuentro
Que pudieran hallar la tierra adentro.

Ven tierras jamás vistas ni holladas
Sino del natural destas regiones :
Vian desde los barcos ahumadas
Que denotaban grandes poblaciones,
Y algunas torrecillas levantadas,
O templos de sus vanas religiones,
O ya podría ser, según se piensa,
Que las tenían para su defensa.

Quisieron en un pueblo tomar tierra
Que sobre la barranca parecia,
Mas no los consintió gente de guerra
Que con feroces brios acudia,
E india varonil que como perra
Sus partes bravamente defendia,
A la cual le pusieron Amazona
Por mostrar gran valor en su persona.

De aquí sacó después sus invenciones
El capitán Francisco de Orellana,
Para llamalle rio de Amazonas
Por ver esa con dardos y macana,
Sin otros fundamentos ni razones
Para creer novela tan liviana ;
Pues hay entre cristianos y gentiles
Ejemplos de mujeres varoniles.

Mas ser esta Tomiris no se crea,
Ni que vistiesen otras el arreo
De Filipis Lampédon, ni de Alea,
Y porque lo sé bien tampoco creo
Que pasó por allí Pentésilea,
Ni el Orellana pudo ser Teseo ;
Ni otra Menalipe, ni Celeno
Caminaron jamás por aquel seno.

Puesto caso que bien se defendia
Por parte de la india la salida,
El gran rigor del arcabuceria
A muchos por allí dejó sin vida ;
Y visto que tan mal les sucedia,
Tomaron por amparo la huida :
Recogen españoles alimento,
Y un indio vivo deste rompimiento.

Por señas Orellana le hablaba
En el discurso deste su viaje,
Y todos los vocablos asentaba
Segun comprehendia del salvaje :
Hasta ver si por ellos alcanzaba
Inteligencia cierta del lenguaje,
Porque tuvo de lenguas gran noticia,
Y para las hablar mucha pericia.

Y así con gran contento declaraba
A estas compañías y cuadrillas
Aquello que este indio le hablaba,
Diciendo que decia maravillas
De lo que mas adentro les quedaba,
Y no podían ver por las orillas :
Crecida poblacion, campos amenos,
Y es de creer haber algunos buenos.

Navegando van pues nuestros guerreros,
A peligros inmensos arrojados
En competencia de los indios fieros
Que los combaten por entrambos lados:
Navegan sin saber los paraderos
Ni tener de quien sean avisados,
Hasta que percibieron los oídos
De muy lejos grandisimos ruidos.

Iba la gente desto temerosa
Prosiguiendo con duda su viaje,
Y apartada la noche tenebrosa
Haciendo ya remansos el aguaje,
Vieron la blanca Tetis espumosa,
Y en ella levantarse gran olaje,
Y con calor de presurosos modos
« La mar, la mar del norte! dicen todos.

« Gobernémonos bien, hermanos míos,
Con prontitud y diligencia buena,
Pues ya no navegamos por los ríos:
A gran prisa guindemos el entena,
Descúbranse con sondas los bajíos,
No demos al salir en el arena;
Que suelen tener ríos en las bocas
Bancos secretos, arrecifes, rocas.»

Ignoran todos ellos el paraje,
Puesto que mil consultas hay aposta,
Mas en ellas ninguno fué tan saje
Que no fuese su ciencia muy angosta;
Y así les pareció mejor viaje
Nunca desarrimarse de la costa;
Pues si por ella fuesen en las manos,
Dios les daría pueblos de cristianos.

Con la tal opinion sin la contraria
La costa bajo van con tiempo lleno:
Vieron la Trinidad, vieron a Paria
Con otras circunstancias de su seno:
Hacían conjetura no sumaria
Alonso Esteban, Márquez y Joan Bueno,
Por haber estos tres, tiempo pasado,
Por aquellos parajes navegado.

Inciertos, pero con algun desino
Que cada uno dellos en sí fragua,
Prosiguen adelante su camino,
Hasta dar en la costa de Cubagua;
Y allí los poseyó mas desatino
Por no ver carabela ni piragua
De la crecida flota que solía
Salir á la pasada pesquería.

Las casas enaladas devisaban
Los hombres destas peregrinas naves;
Mas por peñascos grandes las juzgaban
Y suiedad de las marinas aves;
Para soltar las dudas en que estaban
Faltábales allí quien diese llaves,
Y á los unos la hambre los incita
A que tomen la isla Margarita.

Holguín, comendador, varon esperto
La caña del timon á banda cierra;
Y puestos en buen orden y concierto
Con armas y pertrechos para guerra,
En la Punta-las-Piedras tomó puerto,
Donde con los demás halló la tierra,
Y en ese mismo punto luego vido
Camino que de bestias va seguido.

El padre fray Gonzalo de la Vera,
Con Alonso de Robles y otros tales,
Querían porfiar que el rastro era
De nunca conocidos animales;
Mas Celis Montañés sin mas espera
Sopló dos ó tres veces las señales,
Y vido claramente señalados
Los clavos de cabezas como dados.

Vereis las gentes ya regocijadas,
Y fuera del pasado desconsuelo
Besar por muchas veces las pisadas
Hincando las rodillas por el suelo;
Y las manos en alto levantadas
Dan gracias al Señor del alto cielo,
Porque ya claramente conocían
Ser aquel el paraje que decían.

Conocida Cubagua claramente,
Que antes por peñasco se tenía,
Allá hacen viaje brevemente
Por ser breve compás la travesía:
Salimos á la playa mucha gente:
A ver extraño bareo que venía,
Imaginando muchos ser soldados
De los que Ordas perdió tiempos pasados.

En gran manera son regocijados
De ver y de hablar cristiana gente,
Al templo van descalzos, destocados,
A dar gracias á Dios primeramente;
Y á todos nos tornó maravillados
Viaje de tan gran inconveniente:
Acomodóse bien la compañía,
Y al bareo de Orellana no venía.

Pasarase de largo, si no fuera
Aviso por bastante mensajero,
Que hizo luego Pedro de Herrera,
Para buscar aqueste caballero
Con indios y canoa muy lijera,
Y un Cristóbal de Lepe, marinero
El cual luego que vió la carabela
A ella dirigió remos y vela.

Admiróse Francisco de Orellana
Como vido la india ralea
Regirse con timon y con mesana,
Y así se reparó para pelea;
Mas percibiendo lengua castellana
Con el mensaje tal cual él desea,
Siguió la carabela mensajera
En demanda del Pedro de Herrera.

Tomó tierra con todos sus soldados,
Y puesto que con nombre de perdidos,
Todos salieron bien aderezados
Con grande bizarría de vestidos:
Fueron unos y otros hospedados
Y magníficamente proveídos;
Trató luego de sus descubrimientos
Con muestras de sus vanos pensamientos.

Hizo luego viaje para España
Hechas á su sabor informaciones,
Con gente principal de su compañía,
Prendada de las mismas pretensiones;
Y entonces publicó la gran patraña
De aquellas invencibles amazonas;
Volvió por su demanda ya casado,
Y por gobernador y adelantado.

Cargó de muy lucida compañía,
Bien fuera de razon y fundamentos
En traellos por donde los traía
Y á tierra de cien mil impedimentos;
Y así junto del río do venía
Murió vejado destes pensamientos;
Después su mujer vimos afligida
Y toda la demás gente perdida.

Es pues para hacer la tal jornada
Ir contra la corriente desatino;
Pudírala hacer mas acertada
Si segundara por adonde vino:
Pero pues que su vida es acabada,
Quiérome yo tornar á mi camino,
Y al Ursúa que está haciendo gente,
Con canto nuevo del tenor siguiente.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta la partida de Pedro de Ursúa, con buena copia de gente aunque alguna della inquieto y facineroso, y las demás particularidades sucedidas antes de embarcarse en el río por donde habían de hacer su viaje.

Prenden á Marte redes de Vulcano
En Venus colocado su contento,
Ablándase la mas guerrera mano
Vencida de lascivo pensamiento,
Con mal amor enferma lo mas sano,
Do quiera causa tierno sentimiento:
Los invencibles y mas fuertes cuellos
Una flaca mujer suele vencellos.

Pedro de Ursúa pues, cuya grandeza
De hechos ya tenemos conocida,
Hizo su belicosa fortaleza
A fuegos amorosos sometida,
Vencido de un extremo de belleza
Que fué lo mas extremo de su vida;
Y á vueltas de guerreros atambores
También ejercitaba sus amores.

La bella doña Inés era la dama
Que tuvo con razon nombre de bella,
Si fuera con respecto de la fama
Que debe guardar cualquier doncella;
A quien el buen Ursúa mucho ama,
Siendo no menos el amado della;
Y como bien querer importunase
Acabóse con él que la llevase.

Hija de Blas de Atienza, que de Lima
O de Trujillo fué, moza lustrosa,
Avisada, graciosa y en estima,
Como ya dicho tengo, de hermosa:
Gentil disposicion con que lastima
El anima de amor mas odiosa,
No tiene padres puestos al emienda
Ni deudos que le tiren de la rienda.

Pues el Ursúa como consintiese
Que fuese doña Inés á la jornada,
Secretamente le mandó que fuese
Tras él por via mas disimulada;
Y el partido, mandó que se partiese
De ciertas dueñas bien acompañada:
Luego se despidió de su querida,
Y convocó la gente divertida.

Llegóse de soldados gran estruendo
Aderezados para la demanda,
Muchos de corazon malo y horrendo,
Como fué Joan Alonso de la Vanda,
Lope de Aguirre, Perez y Saldueño,
Diego de Torres, Vargas y Miranda,
Y un Cristóbal Fernandez, mal cristiano,
Pero Fernandez y Miguel Serrano.

Otros algunos, en maldad insines,
Gente desesperada y atrevida,
Amiga de traiciones y motines,
Sin Dios y sin olor de buena vida:
Al fin en sus costumbres tan ruines,
Que tienen la virtud aborrecida;
Ningun concierto hay que los concierte,
Ni temen temporal ni eterna muerte.

Como el marqués insigne Mendocino
Le tuviese tan justas aficiones
Al Ursúa y le fuese tan benino,
Acudióle gran copia de varones;
Con los cuales él hizo su camino
A la provincia de los Motilones,
Porque en aquellas tierras y comarcas
Había de hacer copia de barcas.

Tenia de la tierra la tenencia
El que Pedro Ramiro se decía,
Hombre de gran consejo y experiencia,
Señalado varon en valentía:
Recebiólo con gran magnificencia,
Con gran urbanidad y cortesía;
El Ursúa hallando tal abrigo
Procuró granjearlo por amigo.

Después en lo aviar metió tal prenda
Que el Ursúa, persona bien mirada,
Le dijo que dejase su vivienda
Y se fuese con él á la jornada;
Porque será señor de su hacienda,
Y maese de campo del armada;
Fué nombrado por tal, y pretensores
Quedaron con algunos sinsabores.

Destos el uno fué Francisco Diaz,
Pariente del Ursúa muy cercano,
Ansimismo soldado de mis dias
Valiente y comedido cortésano;
Que movido de vanas fantasias
En el Pedro Ramiro puso mano:
Dióle de puñaladas en efeto,
Maldad indigna de hombre tan discreto.

De tan escandaloso desatino
Al Ursúa le dan luego noticia,
Que estaba gran distancia de camino
Bien fuera de tan áspera malicia,
Revolvió sin parar, y como vino
Hizo del matador justa justicia,
Y de Grijota y de Benito Diaz,
Consortes, y de un Diego de Frias.

Después que ya dió fin á malos fines,
Sin él se recelar de los peores,
Procuró concluir los bergantines
No sin grandes trabajos y sudores,
Por apartarse ya destes confines
Y poder descubrir otros mejores;
Demás desto también se recelaba
Que mucha gente se le remontaba.

Aprestandose pues desta manera
Con temor de que gente se le huya,
La bella doña Inés, que no debiera,
Allí llegó también en busca suya;
Porque con una muerte lastimera
Vida de dos amantes se concluya,
Y este negocio cuentan estas gentes
Por vias y maneras diferentes.

Pues entre muchos dellos hubo fama
Haber puesto los ojos el Saldueño
En los merecimientos desta dama
Que diferentes partes va siguiendo;
Y él fué de los catorce de la trama
Del perdido motin, malo y horrendo;
Y cuando doña Inés se recibía,
El se mostró con grande lozania.

Puesto que todos para dar contento
A su gobernador, que por ventura
Tenia diferente pensamiento,
Hicieron á tan alta hermosura
Solene y principal recibimiento,
Anuncio de su grande desventura:
Unos van con sinceras intenciones,
Otros con muy dañados corazones.

Formóse campo digno de mirallo,
Guarnido de galanas invenciones,
Infanterías y hombres de caballo
Con trémulas banderas y pendones;
Y porque ella pudiese contemplallo
Ordenaron lucidos escudrones,
Los cuales en presencia de las dueñas
Hicieron caracoles y reseñas.

Ondean por los yelmos plumas largas
De las garcetas blancas y avestruces,
Revuelven lanzas, cambian las adargas
Los diestros y valientes andaluces,
Descargan con gran impetu sus cargas
Los fumosos y ardientes arcabuces,
Con gran orden entraban y salían
Con una y otra salva que hacían.

Ninguno de su orden se derrama
En este singular recibimiento,
Y en llegando frontero de la dama
Hacia cada cual acatamiento:
Enciéndelos en amorosa llama,
Con gran urbanidad y cortesía;
En muchos causa tierno sentimiento,
Porque su buen donaire y su mero
Ponia mil espuelas al deseo.

En un cuartago blanco pequeñuelo
Iba, pero muy bien aderezado,
Basquiña de lustroso terciopelo,
Un galdresillo de color morado,
Las guarniciones de color de cielo,
Con cristalinas perlas estampado,
Capelete con plumas y medalla
Con el mas aderezo que se calla.

Rebozada hacia gran destroz
De ánimas en esta compañía,
Y mucho mas después que cierto mozo
Le dijo: «por merced, señora mía,
Os pido que quiteis ese rebozo,
Veremos ya la luz del claro día,
Que no sé cómo puede velo solo
Cubrir rayos mas claros que de Apolo.»